



CACATÚA

Àlvar Garcia i Gil

CACATÚA



Primera edición: noviembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Àlvar Garcia i Gil

ISBN: 978-84-10082-26-7

ISBN digital: 978-84-10082-27-4

Depósito legal: M-33119-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi infancia,
a la verdad y a la libertad,
a quienes aún se hacen preguntas y,
sobre todo,
a quienes aún exigen respuestas.*

CAPÍTULO I

LA CASA DE BAIX

(LA CASA DE ABAJO)

No alcanzo a recordar cuántos éramos los niños que con frecuencia jugábamos en la casa de *baix*. Sé que a veces éramos muchos, quizás quince o veinte, otras, en cambio, disfrutábamos de ella mi hermano mayor y yo con unos pocos amigos más íntimos. La casa de *baix* era algo más que la planta baja de la casa donde vivíamos. Era un sitio especial, casi mágico. En ella pasé la mayor parte de mi infancia jugando sin descanso con un montón de críos. Algunos, los menos, verdaderos amigos que todavía conservo. Otros, la mayoría, compañeros circunstanciales que, como moscas, acudían a aquel local tan particular de diversión sin límites. Fueron muchos los años maravillosos que allí pasamos, entre juegos y risas, sin llegar nunca a sospechar las increíbles aventuras que, tiempo después, viviríamos en ese lugar.

Corría el 30 de abril de 1970, tenía yo seis años recién cumplidos cuando nos trasladamos a vivir a ese viejo caserón de cuatro plantas. Mis padres habían reformado tan solo el primer piso pues, con seis hijos a cuestas y otro de camino, el presupuesto familiar no alcanzaba para más. De esta manera la casa de *baix* quedó intacta, misteriosa y antigua, con todos sus secretos inviolados.

Recuerdo la primera vez que subí a la vivienda unos meses atrás. Todavía estaban en obras y había puntales, ladrillos y sacos

de cemento por todas partes. El desorden general, el suelo sucio y a medio poner, las paredes sin lucir, las herramientas de los obreros amontonadas aquí y allá contribuían a crear una apariencia irreal ante mis ojos. El lugar, con sus múltiples estancias, algunas todavía a medio hacer, con sus largos pasillos y con mil escondites potenciales me pareció un sitio fascinante. Exploramos aquel primer día tan solo una parte del enorme piso sin soltar en ningún momento la mano de nuestro padre que, con firmeza, nos sujetaba a mi hermano y a mí para que no escapásemos en un lugar como ese donde un niño podría tardar poco en lastimarse.

Mi padre nos llevó a la que pronto sería nuestra nueva habitación. La estancia nos pareció inmensa, como inmensa y de proporciones gigantescas aparecía ante nuestros ojos de niño aquella enorme casona. Envueltos en ese extraño ambiente, cada cosa que veía me parecía intrigante. En un momento dado, en el centro de la vivienda, vi algo que interpreté como un precipicio del que me aventuré a imaginar que llegaba a las más remotas profundidades. A poca distancia de donde estábamos, el suelo dejaba de existir, terminaba, y no había ninguna barandilla ni nada que impidiera caer a quien, por descuido, no advirtiera a tiempo semejante tajo en el pavimento. Con curiosidad, y no sin cierto temor, le pregunté a mi padre:

—¿Qué es eso, papá?

—Cuidado, no os acerquéis —dijo apretándonos un poco más las manos—. Eso es la galería, dentro de poco pondremos una barandilla para que no os podáis caer.

—¿Y para qué sirve? —preguntó mi hermano.

—¿Veis esas ventanas de ahí? —dijo señalando tres grandes cuadrados recortados sobre las tres paredes que casi enmarcaban el socavón.

—Sí —respondimos.

—Pues una galería sirve para eso, para que pueda haber ventanas en las habitaciones interiores. De esta manera puede entrar la luz solar y el aire fresco en todas ellas.

Quizás mi hermano, casi tres años mayor que yo, quedó satisfecho con la respuesta, pero yo no podía dejar de preguntarme dónde iría a parar aquel agujero y qué pasaría si alguno de nosotros se caía por ahí. Posiblemente advirtiera mi padre algo extraño en mi expresión y por eso me preguntó:

—¿Qué pasa, Àlex? ¿Te da miedo el agujero? No te preocupes, ya os he dicho que pondremos una barandilla para que no os podáis caer.

—Pero ¿adónde va a parar eso? —pregunté.

—Venid —dijo mi padre—. Acerquémonos un poco y lo veréis.

Avanzamos entonces con precaución algunos pasos hasta situarnos cerca del borde del precipicio. De nuevo percibí cómo la mano de mi padre se apretaba un poco más a la mía, lo justo para tenerme bien sujeto sin llegar a quebrarme los huesos. La noche no tardaría en caer, pero los últimos rayos de aquella tarde invernal aún nos permitieron ver el fondo del abismo. Quedé un poco decepcionado al comprobar que podía verse el suelo, que no se trataba de un pozo sin fondo ni nada parecido. Estábamos contemplando lo que en otros tiempos fue, según nos dijo mi padre, el corral de la planta baja. En él, alguien antes que nosotros, había estado criando animales y guardando a diario su carro y su caballo tras duras jornadas de trabajo en el campo. Sin embargo, la decepción se tornó pronto en ilusión contenida. El hecho de que hubiera suelo significaba que abajo había un lugar diferente, un sitio todavía sin explorar que, posiblemente, sería tan grande como la planta en la que nos encontrábamos ahora.

—¿Es nuestro eso de ahí abajo? —pregunté.

—Claro, Àlex. Lo que estáis viendo es la casa de *baix*. El papá y la mamá hemos pensado que arreglándola un poco podría servir para que vosotros podáis jugar.

—¿Podemos ir a verla ahora? —preguntó mi hermano emocionado.

—No, Víctor. Ahora es ya un poco tarde y no hay bastante luz, pero otro día bajaremos por la mañana y podréis verla.

Con resignación pero sin discutir, aceptamos la decisión de mi padre.

En aquella época los padres eran padres de verdad, con autoridad. No había niño que se atreviese a discutir las órdenes de un padre o de una madre y nosotros no éramos la excepción. Mientras bajábamos la escalera, que daba directamente a la calle, mi cabeza fantaseaba imaginando qué cosas maravillosas podría haber en la casa de *baix*. Y nuestro padre había dicho que era para nosotros, que era para jugar. Claro estaba que eso incluía también a mis dos hermanas mayores, pero ellas eran chicas, tenían ya nueve y diez años y siempre andaban por ahí con sus amigas. No era probable que se adueñaran de aquel territorio que yo intuía lleno de telarañas, muebles viejos y suciedad. Por otro lado, mis otras dos hermanas, las pequeñas, eran todavía unos bebés de dos años y nueve meses respectivamente. Seguro que mis padres no las iban a dejar bajar allí en mucho tiempo. Estaba claro que, por el momento, la casa de *baix* iba a ser solo para mi hermano y para mí.

Durante tres meses estuvimos Víctor y yo contando los días que faltaban para que terminaran las obras y poder trasladarnos así a la nueva casa. De vez en cuando le pedíamos a nuestro padre repetir la visita, pero este, que era profesor de Física y Química a la vez que director de la academia, no daba abasto para preparar sus clases, corregir exámenes, controlar la obra y ayudar a mi madre embarazada a cuidar de la tropa.

Finalmente, un día por la tarde, nuestros padres pidieron nuestra atención. Por entonces vivíamos en un pequeño piso alquilado donde apenas teníamos sitio para jugar. En ese piso, sin embargo, había pasado yo toda mi vida y la escasez de espacio no era un problema para mí ni para ninguno de mis hermanos. En aquella ocasión estábamos todos en el comedor: Irene, la pequeña, en brazos de mi madre, Sara, con sus dos añitos, en el parque cuna tomándose ella sola un biberón y los otros cuatro jugando sobre la alfombra. Mis hermanas mayores y mi hermano percibieron enseguida la gravedad de la ocasión y, poniéndose en pie, formaron

firmes uno junto a otro. Yo en cambio, mucho más pequeño, me acerqué a mi madre y dejé que esta me abrazara un poco mientras mi padre soltaba su discurso:

—Niños —dijo—. Mañana, cuando salgáis del colegio, ya no tenéis que regresar aquí. Debéis ir todos a la nueva casa. El papá y la mamá os estaremos esperando.

Acepté el hecho de abandonar para siempre la que había sido mi única casa con la naturalidad con la que los niños suelen enfrentarse a este tipo de situaciones. Tenía la seguridad de que en el nuevo hogar iba a poder vivir múltiples aventuras. Mi única preocupación surgió al preguntarme si sería capaz de encontrar el camino desde el colegio, aunque me tranquilicé enseguida al caer en la cuenta de que siempre regresaba con mi hermano y que este seguro que sí lo encontraba.

Al día siguiente cambiaron para siempre nuestras vidas. Atrás dejamos un piso, un hogar que todavía hoy es causa de que a veces lo recuerde en sueños. Sueños en los que solo logro revivir sensaciones aisladas de mi más tierna infancia, pues solo recuerdo de aquel lugar pequeños fragmentos de lo que una vez fueron mi habitación, mi cama y mi refugio.

Mi hermano y yo recorrimos el trecho desde el colegio en silencio, cogidos de la mano, algo asustados y confundidos también. Los niños que nos precedían o nos seguían eran otros distintos a los de siempre. Las calles eran otras. Las mujeres de los corrillos improvisados que se formaban a diario casi en cada esquina nos eran desconocidas. Era la primera vez que nos enfrentábamos a un cambio así y quizás por ello mis sentidos se volvieron hipersensibles. El olor de la propia calle me pareció distinto, más fuerte, más intenso. La luz del día más teñida de matices y hasta en el sonido de nuestras propias pisadas percibía yo algo que no era normal, como si en vez de pavimento pisáramos grava.

Nuestros padres confiaban en que supiéramos llegar sanos y salvos y durante el trayecto no había otro pensamiento en nuestras mentes. A excepción de aquella sinfonía de nuevas sensaciones no

hubo más a destacar y, tal como estaba previsto, llegamos sin novedad a nuestro nuevo hogar.

La puerta de la calle estaba abierta permitiéndonos el acceso al pequeño rellano de la escalera. Nada más entrar, vimos a la derecha una pequeña puerta de madera con dos hojas que estaba cerrada y en la que no habíamos reparado el primer día.

—Esta debe de ser la entrada a la casa de *baix* —dijo mi hermano.

—¿Podemos entrar ahora? —le pregunté.

—Creo que no —me contestó mientras la empujaba un poco para ver si cedía—. Será mejor que subamos, el papá y la mamá nos estarán esperando.

Al llegar arriba lo encontré todo muy cambiado. Las obras habían terminado, el suelo estaba puesto y las paredes lucidas. Lo único que faltaba claramente eran las puertas que, por lo visto, no habían podido ponerse a tiempo. Del maravilloso caos que nos encontramos en nuestra primera visita no quedaba nada. Sin embargo, el piso continuaba siendo enorme y fascinante.

Del pequeño recibidor de entrada partía, hacia nuestra izquierda, un pasillo que terminaba en una habitación, con otra más pequeña adosada a ella, que acabaría siendo el despacho de mi padre. Desde la parte frontal derecha, otro largo pasillo conducía directamente al corazón de la casa: al comedor, a la cocina y a la mayor parte de las habitaciones. Nos adentramos por él como dos extraños preguntándonos si en verdad íbamos a encontrar allí a nuestros padres, si realmente era ese el lugar donde nos trasladábamos a vivir. A los pocos pasos, mi madre, que salía en ese momento de la cocina con Irene en brazos, nos encontró allí a los dos, de pie, en medio del pasillo y con cara de pasmados.

—¡Ya están aquí mis niños! —dijo mientras corría a abrazarnos.

Detrás de ella salió mi otra hermanita, Sara, con su gracioso caminar aún de bebé, balbuceando algo parecido a una bienvenida.

También mi padre salió a recibirnos desde el comedor. Se acercó a nosotros y mientras nos revolvía el pelo con un gesto cariñoso dijo:

—Bueno, chicos, ya estamos todos. ¿Os gusta la casa o qué? Venid y veréis cómo ha quedado vuestra habitación.

No respondimos, estábamos demasiado conmocionados para contestar y le seguimos en silencio. Al final del largo pasillo, que desde la entrada discurría en paralelo a la calle, estaba nuestra habitación. Había allí un par de camas con una mesita en medio y sobre ella un enchufe y dos interruptores. Uno accionaba la luz principal y el otro la pequeña bombilla alargada de una Santa Teresita que, como único ornamento, colgaba de la pared sobre la mesita ya cerca del techo. No tardamos en salir de allí. Mi padre tenía mil cosas que hacer y nos dijo que podíamos explorar la casa a nuestro antojo, que fuésemos con cuidado y que no rompieran nada. Al principio nos sentimos algo cohibidos, pero, poco a poco, nos fuimos encontrando cada vez más cómodos. A medida en que íbamos recorriendo los largos pasillos aparecían habitaciones aquí y allá. En una de las dos de la parte posterior de la casa, encontramos a Rocío y a Julia, nuestras hermanas mayores.

—¡Esta es mi habitación! —dijo Rocío orgullosa.

—¡Y esta de aquí, la mía! —señaló Julia saliendo con el brazo extendido hacia la puerta de al lado.

A los cinco minutos ya estábamos encantados con nuestra nueva casa. No tardamos en recorrer cada rincón de aquel piso. En total, había ocho habitaciones, comedor, cocina y tres cuartos de baño. Sin embargo, en esa primera inspección, no encontramos el agujero en el suelo que vimos la vez anterior. Mi hermano y yo nos preguntábamos dónde podía estar y no cejamos en nuestro empeño hasta encontrarlo. Largo rato nos costó, pues para acceder a él era necesario atravesar toda la cocina, que no existía cuando estuvimos allí la primera vez, hasta llegar a una pequeña terracita posterior medio oculta. Además, una vez allí, el sitio no parecía el mismo, puesto que, tal y como mi padre prometió, habían hecho una baranda de obra que ocultaba completamente lo que yo tomé en su día por un precipicio. Mi estatura no me permitió asomarme para mirar hacia abajo, pero mi hermano sí lo hizo y gritó entusiasmado al ver que el viejo corral continuaba en su sitio.

—¡Papá, papá! —le llamó mientras ambos salíamos a la cocina donde él se encontraba—. ¿Podemos bajar ahora?

Supongo que mi padre tenía otras cosas más urgentes que hacer, pero vio tanta impaciencia y tanta ilusión en nuestras caras que no se negó. Sin duda, en su fuero interno, había concebido la planta baja con una doble utilidad. Por un lado podía ofrecer a sus hijos un lujo, un lugar inigualable de juego y diversión y, por otro, lograba mantenernos a una distancia prudencial para que no estuviéramos todo el día armando jaleo en el comedor.

Tras bajar la escalera mi padre abrió la pequeña puerta con su llave. Para entrar en la planta baja tuvimos que salvar un enorme escalón que más adelante convertimos en dos por ser demasiado alto. Una vez dentro, encendimos una pequeña luz que todavía funcionaba a 125 voltios y que se conectaba con un antiguo interruptor negro de palometa, de esos que había que girar para accionarlo. Una única bombilla, que colgaba polvorienta del techo nos ofrecía ahora su triste lumbre, pero bastaba para poder caminar por allí con cierta seguridad. Nos encontrábamos ahora en una vieja habitación. A nuestra derecha, a dos palmos sobre el suelo, unas puertas de madera permanecían cerradas, pero mi padre las abrió enseguida. La luz del día entró entonces a raudales atravesando la reja que servía de protección para esa ventana bajita. Entre las puertas y la reja, un hueco de casi medio metro daba fe del espesor de nuestra gruesa fachada. Me quedé hechizado contemplando el polvo suspendido en el aire, iluminado por algunos rayos de sol que, temerarios, penetraban sin miedo antes de estrellarse contra el suelo. Al fondo, junto a la ventana, un viejo escritorio, algo carcomido, ocupaba una de las esquinas. Tenía tres cajones en su parte derecha, todos ellos con un agujero central en forma de herradura. El de arriba lucía una llave color bronce por cuya argolla ovalada podría pasar una gruesa cadena. Me pregunté si en esos cajones habría algo interesante.

«Seguro que sí», me respondí.

Pero no era momento de pararse a mirarlo.

Junto al escritorio, en la parte frontal a la puerta de acceso, se alzaba imponente otra puerta de dos hojas altas y estrechas, de color marrón oscuro y orlada con ocho bisagras negras. Al cruzarla accedimos a la zona central de la casa de *baix*, a una especie de ancho camino que partía desde nuestra derecha donde otra puerta cerrada, mucho más grande e imponente aún que la anterior, nos separaba de la calle.

—Por aquí entraban antiguamente los carros hasta el corral — señaló mi padre—. Venga, venid.

Avanzamos entonces unos pasos hacia el interior de la casa y el espacio se ensanchó aún más. A nuestra izquierda apareció una explanada, más o menos cuadrada, que posiblemente fuera utilizada en otros tiempos como comedor. Nuestro padre accionó entonces otro vetusto interruptor y tres de las ocho bombillas que, a modo de cirios, descansaban sobre los brazos de una vieja lámpara de araña se iluminaron. Con esa escasa pero suficiente luz, se nos hicieron visibles, entre otras cosas, un par de recios sillones. Eran de madera oscura, asiento de mimbre, grandes reposabrazos y un respaldo tan exageradamente alto que parecían ser auténticos tronos de rey.

Al fondo de este ensanche, en el centro, una vieja chimenea lo presidía todo. A su izquierda una portezuela bajita cerraba la entrada al hueco de debajo de la escalera y a su derecha una alacena empotrada servía de enlace con la pared lateral. En esa pared, muy cerca aún de la alacena, otra puerta entreabierta dejaba ver el interior de una segunda habitación a la que, más adelante, llamaríamos «la habitación del fantasma».

A su lado, también entreabierta, otra puerta daba acceso a un pequeño cuchitril, una vieja cocina en donde, como mucho, por su tamaño, una única persona podría desenvolverse con cierta soltura. No nos paramos a explorar estas estancias y retrocedimos para dirigirnos al corral.

Para acceder a él debíamos abrir antes otra rara puerta que, a modo de pared, cerraba el fondo del ancho pasillo procedente de

la calle. Tenía cuatro hojas de casi un metro de anchura cada una. Las de los extremos estaban trabadas con pasadores y las interiores se abrían libremente para permitir el acceso. Las partes más bajas, formadas por listones verticales, sostenían, a casi un metro de altura, unas vidrieras entrelazadas por barrotillos. A través de ese panal de cristales cuadrados, amarillentos ya por el polvo y los años, se filtraba algo de claridad. Tres pisos más arriba, una uralita verde y traslúcida, no solo impedía que se anegara el corral en los días de lluvia, sino que filtraba también la luz diurna dotándola de un color realmente especial. Un tinte esmeralda que confería a la casa de *baix* un cierto aire de misterio.

Víctor se adelantó para abrir esa puerta, pero rozaba bastante en el suelo y apenas la desplazó unos centímetros.

—Hay que empujar un poco hacia arriba —nos indicó nuestro padre—. Es una puerta muy vieja y además el suelo está un poco hinchado.

Intenté ayudar a mi hermano y por un momento ambos forcejamos con la manivela, pero creo que fue la mano de mi padre la que, envolviendo las nuestras, hizo la fuerza conveniente para que la puerta cediera. Ante nosotros, al fin, apareció el famoso corral, el mismo que ya habíamos visto desde arriba la primera vez. El verdor de la luz cenital se hizo entonces más evidente y yo percibí ese lugar como mucho más grande y fascinante que cuando lo vimos desde arriba.

A nuestra izquierda el espacio se prolongaba varios metros hasta perderse en un ancho montón de leña bien apilada que no lograba ocultar del todo la pared lateral. Había en ese corral muchas cosas que me eran extrañas: una vieja máquina de coser arrinconada, un par de pilas de ladrillos de barro cocido, una estantería metálica desmontada, un fregadero de piedra sin instalar... Pero más que nada me llamó la atención una vieja bañera de porcelana que descansaba sobre unas curiosas patas exteriores. Años más tarde pusimos en ella un poco de agua y echamos dentro unas cuantas ranas. Días después un sinfín de renacuajos aleteaban sus

nerviosas colas en el interior. La situación estuvo controlada hasta que, pasado un tiempo, los renacuajos, ya ranas, encontraron la manera de escapar, llenando con su presencia toda la casa de *baix*. Estuvimos encontrando ranas por todas partes durante varios días.

Había también una bicicleta grande y oscura, tan oxidada que no se podía saber su verdadero color. Se la veía vieja, como de otra época, y le pregunté a mi padre si todavía funcionaba.

—¡Claro que funcional! —me contestó—. Es más, esa bicicleta tiene nombre. Se llama la *Galga*. Era mía cuando yo era más joven. Con ella iba a los pueblos de alrededor para entregar los encargos que le hacían a mi padre, vuestro abuelo, que era el *ordenari*.

—¿*Ordenari*? —preguntó Víctor.

—Sí, *ordenari*. Se llaman así las personas que se dedican a transportar paquetes y hacerlos llegar a quienes los encargan. Vuestro abuelo lo fue hace años, antes de montar la tienda que ahora es de vuestro primo Víctor Ramón. Yo le ayudaba en sus repartos.

—¿Y por qué se llama la *Galga*? —le pregunté.

—Bueno, quizá no lo sepáis, pero los galgos son una raza de perros que corren muy deprisa. Por eso le puse ese nombre.

—¡Ah! —comprendí.

En la otra parte del corral, tras atravesar otra puerta acristalada de tamaño normal, se extendía una estancia descomunal. Discurría paralela al resto de la casa en dirección hacia la calle y más tarde mis padres la convirtieron en un garaje apto para cinco coches.

—¡Mira lo que hay aquí! —se sorprendió mi hermano—. Son troncos de árbol.

Efectivamente, aunque no eran exactamente troncos de árbol, para un niño de ocho años era una buena definición.

—No son árboles, Víctor —explicó mi padre—, aunque en realidad sí lo fueron una vez. Esos troncos tan grandes son unas vigas que hemos renovado durante la reforma.

Me pregunté cómo el suelo podía soportar tanto peso.

—Bueno —añadió unos segundos después—, ya está bien por hoy, ¿no os parece? Es hora de comer.

Deshicimos entonces el camino andado, subimos los tres a la vivienda y allí, en el comedor, disfrutamos seis hermanos y medio, junto a nuestros padres, de la que fue nuestra primera comida familiar en la nueva casa.